



populismo

EL AUGE DEL POPULISMO Y EL RENTISMO EN AMÉRICA DEL SUR

Sebastián Mazzuca
ARGENTINA



Ph.D en Ciencia Política y magíster en Economía y Ciencia Política de la Universidad de California, sede Berkeley. Fue becario postdoctoral de la Universidad de Harvard. Es investigador principal del Centro de Investigación y Acción Social, investigador de carrera del CONICET, profesor de Economía Política y director de la Licenciatura en Política y Gobierno de la Universidad Nacional General San Martín.

América del Sur comenzó el siglo veintiuno con enormes cambios políticos y económicos. En la economía, a partir de 2002, el continente vivió una “década dorada”, marcada por una combinación de logros sin antecedentes: altas tasas de crecimiento, reducción sustancial de la pobreza y, excepto en Argentina y Venezuela, bajos niveles de inflación. En la política, la novedad fue el generalizado “giro a la izquierda”, un cambio que suele paragonarse con el éxito de partidos y movimientos socialistas, socialdemócratas o nacional-populares. La excepción a este giro es Colombia¹.

Sin embargo, si en lugar de mirar las etiquetas de los partidos de Gobierno, el foco se pone sobre medidas políticas concretas, otro cambio político se hace visible, que incluye a la misma Colombia (aunque excluye a Perú, aun después de la victoria de Ollanta Humala).

La medida de gobierno que ha signado el giro a la izquierda, incluso en gobiernos que no se jactan de progresistas, es la “transferencia condicional de efectivo”. Con diferentes nombres en diferentes países, la medida se propagó por el continente con lógica viral. Consiste en la entrega de dinero a familias pobres a cambio del compromiso por parte de los adultos en el hogar de asegurar que los niños asistan de forma regular a escuelas y centros sanitarios públicos. La condicionalidad es la novedad respecto de formas convencionales de redistribución. El supuesto detrás



El apoyo plebiscitario, así lo han creído Chávez, Morales, Correa y los Kirchner, otorga derechos especiales a los presidentes que lideran las coaliciones rentistas populistas. De nada importa que ese apoyo se sostenga en la lotería de los precios internacionales.

de las transferencias condicionales es que, al exigir que las familias pobres inviertan en capital humano, permiten a sus beneficiarios salir de la trampa de la pobreza.

Todos estos grandes cambios en América del Sur comparten el mismo origen, remoto, pero de fuerza sísmica: China. Ha sido la voracidad por productos primarios del coloso industrial asiático la que puso en marcha la secuencia de novedades sudamericanas que coincidieron con el inicio de siglo. La demanda china de energía, insumos industriales y proteínas se hizo sentir en América del Sur apenas terminado el siglo XX, con una fuerza tal que revirtió décadas en términos de intercambios lastimosos para el comercio de productos primarios.

En 2000, se requerían quince barriles de petróleo para comprar el modelo más simple de teléfono celular. Hoy, un barril y medio alcanza para comprar el último modelo de iPhone. China propició un nuevo ciclo de bonanza económica en América del Sur y la bonanza a su vez abrió las compuertas para que los tesoros de los gobiernos nacionales recibieran un flujo torrencial de dinero. Es muy difícil imaginar que el “giro a la izquierda” tuviera

similar éxito, tanto en la arena electoral como en el terreno de la reducción de la pobreza, sin la holgura fiscal *made in China*.

Junto con los grandes cambios económicos y políticos que la superpotencia china impulsó en toda la región, los países de América del Sur se diferenciaron fuertemente en términos de estilo de Gobierno. Si bien el *shock* de precios se hizo sentir hasta en el más recóndito rincón del continente, no fue procesado de la misma forma en todos los países. Los países respondieron de forma diferente porque la nueva bonanza económica los encontró en distintos puntos de sus trayectorias políticas. En Brasil, Uruguay y Chile, el *boom* de las materias primas ocurrió en un contexto donde la solidez del sistema de partidos, así como la reputación económica internacional del país, permitió la formación de gobiernos moderados, interesados tanto en la mejora de la calidad institucional local como en la profundización de la globalización financiera.

En cambio, en Venezuela, Bolivia, Ecuador, y en menor medida en Argentina, el giro a la izquierda fue propiciado por gobiernos anti-institucionales, que revivieron con fuerza



populismo

inusitada viejas tradiciones cesaristas y plebiscitarias de ejercicio de la autoridad presidencial, concentrando poder a expensas del Congreso, los tribunales y otras agencias de control. Además, gobiernos como los de Chávez en Venezuela y los Kirchner en Argentina hallaron políticamente viable y redituable aislarse del mercado internacional de capitales.

Detrás de la emergencia de hiperpresidencialismos plebiscitarios en los países bolivarianos y Argentina se esconde la formación de una nueva coalición sociopolítica. En estos países, domina una alianza que puede llamarse “populismo rentista”. En los casos extremos del populismo rentista, el Gobierno aprovecha los nuevos precios internacionales de las materias primas para apropiarse de la totalidad de la torta económica creada por el sector exportador y la redistribuye a los grupos más vulnerables de la economía, en especial a las larguísimas filas de sectores informales que se fueron engrosando desde fines de los años setenta a golpe de crisis económicas y ajustes fiscales. Los protagonistas de esta coalición, conformada por el Gobierno y los sectores informales, intercambian subsidios económicos por apoyo plebiscitario. Los perdedores son los sectores que controlaban los recursos naturales.

Tan postergados estaban los sectores informales que, merced a su incorporación a la nueva economía rentista, su apoyo político al Gobierno es contundente. Es la magnitud de ese apoyo lo que los gobiernos de Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela han esgrimido como justificación para desmantelar los controles institucionales sobre el poder ejecutivo y concentrar poder económico y político en manos del presidente. El apoyo plebiscitario, así lo han creído Chávez, Morales, Correa y los Kirchner, otorga derechos especiales a los presidentes que lideran las coaliciones rentistas populistas. De nada importa que ese apoyo se sostenga en la lotería de los precios internacionales. La legitimidad plebiscitaria arrasó con la legalidad republicana.

¿Por qué el populismo rentista dominó sólo a un subgrupo de países de América del Sur? El populismo rentista y su contraparte institucional, el hiperpresidencialismo plebiscitario, son el producto de dos tentaciones que todo presidente enfrenta, pero que solo fueron irresistibles en los casos bolivarianos, además de Argentina. La primera tentación es la “expropiatoria”, es decir, apropiarse de la renta creada por el *boom* de los recursos naturales. Esta tentación tiene anticuerpos efectivos en los casos donde el beneficio económico de la expropiación es inferior a los costos de la pérdida de crédito en el mercado internacional de capitales.

NOTA

1. Esta sala de redacción anota que también podrían ser excepciones los casos de Perú (Alan García) y Chile (Sebastián Piñera).





Para el Brasil de Lula, el Uruguay del Frente Amplio, e incluso el Perú de Humala (por no hablar del Chile de Lagos y Bachelet), el flujo de inversiones extranjeras era demasiado copioso como para interrumpirlo de un golpe certero a la reputación internacional. En cambio, para casos como

Venezuela, Ecuador y Bolivia, la recompensa política por la apropiación de la renta de los hidrocarburos era demasiado grande y eclipsaba cualquier consideración respecto de los inversores internacionales. En el caso de Argentina, la renta de los recursos naturales, que a diferencia de los países bolivarianos es de origen agropecuario, no es igualmente grande. Sin embargo, en el momento del ascenso del kirchnerismo al poder, la reputación financiera del país se había pulverizado, por lo cual el nuevo Gobierno no tenía nada que perder si optaba por incumplir las expectativas de la comunidad financiera internacional. Los gobiernos de Venezuela, Bolivia, Ecuador y Argentina sucumbieron a la tentación expropiatoria.

La segunda tentación es la “populista”, esto es, la de hacer uso de los nuevos recursos fiscales para estimular el consumo a expensas de la inversión por encima de niveles sustentables en el mediano plazo. Los gobiernos bolivarianos y el gobierno kirchnerista cayeron en la tentación por el simple hecho de que no encontraron frenos físicos en el sistema de partidos que pusieran límites a su estrategia de construcción política. A diferencia de lo que ocurría en Brasil, Chile y Uruguay, donde los partidos políticos tradicionales de centroderecha conservaban apoyo popular, y los propios partidos de izquierda eran veteranos de la competencia electoral, en Bolivia, Ecuador y Venezuela, los partidos tradicionales estaban en bancarrota, y el giro a la izquierda fue liderado por movimientos nuevos, carentes de fuentes de apoyo en sectores formales de la economía.

Los sectores formales están más atentos a consideraciones de sustentabilidad económica del gasto público que los sectores marginales movilizados por Morales, Correa y Chávez. En esta configuración, en los países bolivarianos, ni la oposición ni sus propias bases de apoyo serían fuerzas efectivas para refrenar la tentación populista de sus presidentes.

En Argentina, los partidos tradicionales también estaban en crisis y, salvo el peronismo, en riesgo de desaparición. Ello liberó al Gobierno de Kirchner, líder de una facción del peronismo, de condicionamientos efectivos a su acción política. A diferencia de los movimientos bolivarianos, el peronismo tiene, como los partidos socialdemócratas de sus vecinos, fuertes apoyos en sectores formales de la economía. Sin embargo, con el paso del tiempo, las consecuencias inflacionarias de la incorporación plebiscitaria de los sectores informales se hicieron sentir y las tensiones entre el sindicalismo (trabajadores formales) y los sectores informales se agudizaron. El resultado final fue la salida de la corporación sindical de la coalición kirchnerista y la evaporación de las últimas barreras contra la tentación populista. **P**